

fuentes en que se basa la historia del periodo han alimentado esta forma de ver las cosas. En tanto los diplomas de este momento -no sólo los reales, sino el conjunto de los conservados entre 1109 y 1126-, alcanzan un número relativamente reducido respecto a los reinados inmediatos, las fuentes cronísticas adquieren un relieve inusual; su intensa subjetividad destila una visión caótica del reinado, en que se involucra a la propia soberana como actriz principal. De ahí que posea un valor tópico cómo las ligerezas, extravagancias e indecisiones de Urraca condujeron al país a un estado lamentable... ¿Fue así? Cuando se ha intentado una visión menos personal y dramática del primer cuarto del siglo XII, el reinado de Urraca más bien parece corresponder a la culminación de una 'crisis de crecimiento' de la sociedad castellana. Es muy posible que el libro de la profesora Monterde Albiac constituya un jalón básico para poder orientar los análisis en esta otra dirección. **Pascual Martínez Sopena**

ABULAFIA, D. y GARI, B. (dirs.), *En las costas del Mediterráneo Occidental. Las ciudades de la Península y del Reino de Mallorca y el comercio mediterráneo en la Edad Media*, Ediciones Omega S.A., Barcelona, 1996, 251 pp.

El intento de abarcar con la mirada todo el arco mediterráneo vinculado a las monarquías hispánicas medievales, se presenta como una tarea ambiciosa y llena de dificultades; no hay más que pensar en las diversidades políticas y culturales que se ubican en ese espacio a lo largo de la Edad Media, para percibir los escollos que es necesario sortear hasta llevar la nave a buen puerto. Por eso, la lectura de la obra dirigida por D. Abulafia y B. Garí resulta ser un periplo sumamente estimulante, que conduce, tras la excitación provocada en el lector por cada una de las etapas del viaje, a una reposada sensación final, en la que se tiene la impresión de haber visitado un mundo complejo y en plena efervescencia, rico en contrastes y matices, a través del cual ha sido posible percibir lo que de común y diverso tiene el pasado medieval hispano.

La obra está planteada en dos niveles, de manera que puede hacerse una doble lectura. Contemplándola de cerca, sale a nuestro encuentro un mosaico compuesto por diversas ciudades (Perpiñán, Barcelona, las ciudades de Sharq al-Andalus, las del reino de Mallorca, Valencia, las «ciudades del triángulo» -Almería, Granada y Málaga-, y Sevilla), cuyo estudio ha sido confiado a sendos especialistas (respectivamente, A. Riera, J.E. Ruiz Doménech, M.J. Rubiera y M. de Epalza, D. Abulafia, P. Iradiel, B. Garí y R. Salicrú, y M. González y J.M. Bello). Si, por el contrario, alejamos el objeto de nuestro punto de mira, observamos un panorama integrador, que pone a nuestro alcance la percepción de la actividad mercantil mediterránea protagonizada por ciudades vinculadas a diferentes poderes políticos (cristianos y musulmanes,

aragoneses y castellanos), como una empresa coherente que va deslizándose a lo largo de varios siglos.

En el desgranar de sus capítulos, vamos percibiendo las sucesivas imágenes de distintas ciudades: la progresiva transformación de Perpiñán, cuya génesis, favorecida por factores demográficos, económicos y políticos, tiene lugar ante nuestros ojos, hasta que a lo largo del siglo XIII pase a formar parte de las redes mediterráneas del comercio internacional. Barcelona, que poco a poco, tras superar diversos obstáculos de carácter humano, social, físico y económico, pasa a convertirse en lo que Ruiz Doménech califica como una «verdadera ciudad». La estructura urbanística y la actividad comercial, tanto hacia el interior como internacional, que tiene como protagonistas a las ciudades costeras de Sharq al-Andalus. Las transformaciones económicas que afectan a Mallorca hasta convertirla en punto neurálgico del comercio mediterráneo, en cuyas redes juega un destacado papel como escala necesaria, centro de mando, astillero para proceder a posibles reparaciones, y almacén de mercancías, tanto africanas como ibéricas. Valencia, cuya historia se mezcla, y a veces se confunde con la del Mediterráneo. Las tres «ciudades del triángulo», cuya actividad se complementa: Granada es el centro del mercado interior nazarí que anima el comercio internacional; Almería pasa, de ser el puerto de recepción de mercancías orientales, que luego se reexpiden hacia el Norte de Africa u otras direcciones, a funcionar como un «puerto para la guerra», precisamente porque es la puerta granadina hacia el Mediterráneo y la región norteafricana; y Málaga, que, desde una discreta segunda fila, asciende hasta una posición de primer orden en el comercio internacional entre el Mediterráneo y el Atlántico, y que más tarde, tras su conquista por las tropas cristianas, se convierte en la salida natural hacia el Mediterráneo de la Andalucía media y alta. Y por fin, Sevilla, volcada al mar desde el interior, merced a haber sabido sortear los problemas de navegación que plantean los cerca de 80 kilómetros de río que la separan de la costa, hasta el punto de capitalizar en su beneficio la actividad de una tupida red andaluza de puertos atlánticos menores; una ciudad, cuya vida, a las orillas del Guadalquivir, está estrechamente ligada al comercio internacional, y animada por la presencia de mercaderes de toda procedencia, y por el desarrollo de los más diversos oficios relacionados con la navegación y la explotación económica del mar y la corriente fluvial que la baña.

Esto es lo que se capta cuando miramos de cerca. Si nos alejamos un poco podremos ver otras cosas. Por supuesto, al Mediterráneo como el gran protagonista de la actividad comercial de esas ciudades, y, de alguna manera, como el elemento dinamizador una vez que ha despegado su comercio. Pero, más allá de esto, quizá lo más sorprendente sea el destacado papel que, en todos los casos, tiene el ámbito «terrestre», no costero, de esas ciudades. Vemos así cómo se benefician de una actividad económica, agropecuaria o artesanal, que favorece la prosperidad local, e impulsa un intercambio mercantil en el que, ahora sí, el mar va a tener un indiscutible protagonismo: la riqueza de la región sevillana, y su potencial de crecimiento interno es lo que, entre otras causas, explica la prosperidad de Sevilla. Fue el mercado interior nazarí lo que impulsó el intercambio internacional en el que participaron tan

destacadamente las «ciudades del triángulo». En el caso mallorquín, el despegue de la industria textil y de la actividad ganadera, vienen a complementar su papel como punto de contacto de diversas rutas comerciales. También es el desarrollo económico del interior lo que impulsa el comercio marítimo de las ciudades de Sharq al-Andalus. La agricultura está en la base a partir de la cual despega el comercio barcelonés. Y los paños y el ganado son los dos productos que explican el auge de Perpiñán y su integración, en el siglo XIII, en los circuitos del comercio internacional.

A este elemento común hay que añadir todavía algunos otros: el impulso que el comercio interior ejerce sobre la participación en el intercambio mediterráneo. La importancia del agua y su dominio en el desarrollo de todo el área estudiada, no sólo como medio de transporte, fluvial o marítimo, sino como motor del poblamiento y del desarrollo agrícola, ganadero y artesanal. Y la implicación de todos los núcleos estudiados en una red comercial que les pone en contacto, entre sí, con el Norte de Africa, y con otras áreas de comercio.

Con todo esto, la obra alcanza los propósitos que se plantea, en el sentido de caracterizar las diversas personalidades participantes en el comercio mediterráneo; en el de establecer un fluído diálogo entre las distintas ciudades y culturas que protagonizan esa actividad mercantil; y en el de presentar el papel integrador que esos núcleos urbanos juegan en la relación dialéctica que mantienen el mar y las tierras del interior. Además, si aceptamos la invitación a mirar de forma integradora, es posible comprender cómo las primeras redes comerciales de los siglos XII y XIII se transforman -tal y como se señala en la introducción de la obra- «en ese impulso definitivamente orientado hacia el Atlántico al que se ha dado en llamar ‘Revolución comercial’». *M<sup>a</sup> Isabel del Val Valdivieso*

GARCIA GUZMAN, María del Mar y ABELLAN PEREZ, Juan, *La religiosidad de los jerezanos según sus testamentos (siglo XV)*, Agrijo Ediciones, Cádiz, 1977, 214 pp.

El libro que vamos a comentar tiene por objeto estudiar el sentimiento de los jerezanos ante la muerte, especialmente, en la primera mitad del siglo XV, pese a la problemática que, como indican los autores, tiene el contar únicamente con testamentos abiertos.

La obra está estructurada en tres apartados. El primero de ellos, titulado «El testamento como exposición de la religiosidad», nos sitúa en los instantes anteriores al fatal desenlace, en el mismo momento en que el moribundo desea «conducir su alma a Dios», poniendo todos los medios a su alcance para que le sean perdonados sus pecados. Es un buen momento para acordarse de las personas cautivas, evocación que no nos debe extrañar dada la «condición de ciudad fronteriza con el reino nazarí de